

sospechar lo rotundo y destemplado de sus negaciones, siendo propio de los que han mascado un poco el saludable polvo de los antiguos volúmenes, no decidir de ligero y en redondo las cuestiones, hacer en todas no pocas salvedades, desconfiar mucho del propio juicio, y no aventurar palabras, todo lo cual se deja, no para *críticos* como el señor de la Revilla, sino para esos *filósofos* que discuten en el *Ateneo* y sentencian en las *Revistas* sobre todo lo discutible y sentenciable. Pero volviendo á leer con alguna detención las precitadas líneas, convencíme de que el señor de la Revilla no debe de haber penetrado mucho en el estudio de nuestros filósofos, puesto que dice que sus obras son *ignoradas*, y que la *filosofía española* es un *mito*, palabra que no se aplica á lo que es malo, sino á lo que no existe, á lo que es *fábula* y mentira, si no miente la etimología griega, ó no he perdido yo los papeles desde que regresé á la Montaña. Y ahora ayúdeme V. á discurrir, amigo mío: el señor de la Revilla dice que la filosofía española es un *mito* y que está *ignorada*; ergo el señor de la Revilla es de los que la *ignorán* y dudan de su existencia. De lo que está *ignorado* y se tiene por *mito* no hay derecho á afirmar que sea bueno ó malo, que valga ó que no valga: la cuestión es de existencia ó no existencia. *Sed sic est* que existe la filosofía española, como está superabundantemente demostrado; ergo póngase á estudiarla el señor de la Revilla, y cuéntenos después sus *impresiones*. Tome el señor de la Revilla las obras de Lulio, Vives,

Fox (á quien llama *Morcillo* á secas, semejante á aquel buen hombre que llamaba á Cervantes *D. Miguel de Saavedra*), Servet, Suárez, Soto, Gómez Pereira y *tutti quanti*; léalos con la misma atención y *amore* con que leería á Darwin ó á Hæckel, y entonces podrá decirnos con algún fundamento si tales escritores son despreciables ó dignos de veneración y loa. Entretanto, ni en el señor de la Revilla, á pesar de su agudeza de ingenio y poca aprensión, ni en el sabio más eminente de los nacidos, aunque se llame Platón, ó Aristóteles, ó Leibnitz, reconozco ni reconoceré nunca el derecho de sentenciar sobre doctrinas que no conoce y sobre libros que no ha leído. ¿No se reiría de mí el señor de la Revilla, si magistralmente comenzase yo á hablar del *darwinismo*, del *positivismo* y de otras doctrinas, hoy á la moda, que poco más que de nombre y por referencias conozco? Pues en el mismo caso se encuentra él respecto á las obras y sistemas de los filósofos peninsulares. El talento más claro no libra á nadie de dar traspiés en lo que ignora. Por eso, sin duda, ha tropezado tantas veces el señor de la Revilla en las breves líneas que copié antes.

Sólo á quien desconozca por entero la filosofía española se le puede ocurrir el citar entre nuestros grandes pensadores á Huarte y á Doña Oliva Sabuco de Nantes, colocándolos en la misma línea que á Luis Vives, Suárez y Fox Morcillo. Con ser el *Examen de ingenios* y la *Nueva Filosofía de la naturaleza del hombre*, dos libros

discretos, amenos y originalísimos, por ningún concepto pertenecen á la alta filosofía, ni pueden, en manera alguna, ser puestos al mismo nivel que los tres *De prima philosophia* de Vives y el *De Platonis et Aristotelis consensione* de Fox Morcillo, la *Metafísica* y el tratado *De Anima* de Suárez, ni aun el *Quod nihil scitur* de Francisco Sánchez, el *Christianismi restitutio* de Servet, ó la *Antoniana Margarita* de Gómez Pereira (no le llame Pereira á secas el señor de la Revilla, porque corre riesgo de confundirle con otro filósofo portugués del siglo pasado, autor de una *Theodicea* escrita en castellano). Apreciables los libros de Huarte y Doña Oliva como manifestaciones del *empirismo sensualista* en nuestra historia filosófica, curioso el primero por sus vislumbres de frenología, y el segundo por su delicado análisis de las pasiones, son, á pesar de todo, de más interés en la relación fisiológica que en la psicológica, según entiendo.

El señor de la Revilla se engaña de todo punto si imagina que somos V. y yo los únicos defensores de la filosofía ibérica. Ésta, por el contrario, cuenta, así en la Península como en el extranjero, numerosos aficionados. Sónlo en España el Sr. Valera (á pesar de ciertas proposiciones dubitativas que alguna vez aventura), pues le debemos, aparte de otros artículos, un notable estudio (inserto en *La América*) acerca de Quevedo considerado principalmente como filósofo; el Sr. Campoamor, que en su discurso de entrada en la Academia Española llamó á Gó-

mez Pereira el fundador del psicologismo moderno, y al canciller Bacon *el más prosaico de los discípulos de Vives*; el Sr. Canalejas, autor de una extensa Memoria sobre *Las doctrinas del iluminado Dr. Raimundo Lulio*, de las cuales casi se declara partidario, manifestando deseos de su restauración, y llegando á afirmar que el solitario del monte Randa *fué más sintético que Santo Tomás*; D. Adolfo de Castro, que ha llegado á formar un tomo de filósofos (moralistas los más) para la *Biblioteca* de Rivadeneyra; D. Luis Vidart, autor de un tomo de *Indicaciones bibliográficas sobre nuestros filósofos*; los dos *krausistas* D. Facundo de los Ríos Portilla y D. Federico de Castro, expositor el primero de las doctrinas vivistas, biógrafo el segundo de Pérez y López; el *hegeliano de la extrema izquierda* Sr. Pi y Margall, que en su discurso preliminar á las obras del P. Mariana encomia altamente el valor filosófico del libro *De morte et immortalitate*; el *escolástico* Fray Zeferino González, cuya *Philosophia Elementaria*, aparte de numerosas citas, incluye en la parte histórica noticias de varios filósofos peninsulares¹; el Sr. Azcárate (D. Patricio), que muy atinadamente declara *nuestro*, en el concepto filosófico, el siglo XVI, al analizar los tratados panteístas de Servet en la *Exposición de los principa-*

¹ Mucho más extensas y copiosas las ha dado después en las dos ediciones de su *Historia de la Filosofía*, escrita en castellano. Durante los diez años corridos desde la primera publicación de esta carta, han fallecido el Sr. Azcárate (D. Patricio), el médico Weyler, el Sr. Canalejas, y otros á quienes en el texto se da como vivos. (Nota de esta edición.)

les sistemas filosóficos modernos; el neo-cartesiano Sr. Martín Mateos, que en 1857 apoyaba en la *Revista de Instrucción pública* los proyectos de V., amigo mío, y posteriormente ha dado á la estampa estudios acerca de nuestros místicos; el empírico Sr. Weyler y Laviña, expositor y crítico de las doctrinas de Raimundo Lulio; el portugués López Praza, historiador de la filosofía de su país; el Dr. Guardia, que, aunque español de nacimiento, ha escrito en lengua francesa un notable libro sobre Huarte, y el erudito mallorquín Roselló, bibliógrafo infatigable del lulismo, sin otros que al presente no recuerdo.

Fuéronlo entre los muertos el Dr. D. Ildefonso Martínez, editor é ilustrador de Huarte y Doña Oliva; el Sr. Sánchez Ruano, panegirista de la segunda; el *suarista* P. Cuevas, digno de muy honroso recuerdo por haber trazado ya en 1854 un compendio de nuestra historia filosófica, destinado á la enseñanza de los Seminarios; el bibliotecario ovetense Suárez Bárcena, erudito biógrafo de los Abarbaneles, Sabunde y Servet; el Sr. González Múzquiz, vindicador de Vives en 1839; el ilustre Martí de Eixalá, importador de la filosofía escocesa á Cataluña¹,

¹ Martí de Eixalá escribió en 1842 (doce años antes que el P. Cuevas, como se ve) una reseña breve, pero muy substancial, *De la Filosofía en España*, para que sirviera de apéndice á un *Manual de Historia de la Filosofía*, que tradujo del francés. Son notables sus consideraciones sobre Luis Vives, en quien encuentra singulares coincidencias con los principios de la escuela escocesa.

(Nota de esta edición.)

y su sabio y nunca bastante llorado discípulo el Dr. Llorens, eminente profesor de Metafísica en la Universidad barcelonesa, de quien todos los que alguna vez tuvieron la dicha de oírle, recordarán el respeto con que citaba siempre á Vives, el largo estudio que de sus obras había hecho, dejando traducida é ilustrada la *De anima et vita*, y las relaciones que hallaba entre las doctrinas del insigne pensador valenciano y la del *sense common* de Guillermo Hamilton, por él con tanta gloria defendida. Y no es cosa de ayer la creencia de una tradición científica en España, pues quien haya leído las notas sabias y asaz olvidadas de los *Discursos filosóficos* de Forner, una de las inteligencias más claras y poderosas que en el siglo XVIII produjo España, y la *Oración apologética*, el *Preservativo contra el Ateísmo* y otras obras del mismo, no podrá menos de contarle con igual ó mayor razón que á V. y á mí en el número de los soñadores. En igual categoría deberá poner á Cerdá y Rico, editor de diversas obras de nuestros filósofos, y que por desdicha no llegó á reimprimir, como deseaba, las de Fox Morcillo; á los PP. Andrés y Lampillas, y al infatigable y eruditísimo Mayans, á quien tanto deben estos y otros estudios de parecida índole. Y, en general, puede afirmarse que hasta fines del siglo pasado, nadie dudó de que España hubiese tenido en todas épocas filosofía y filósofos eminentes.

Pues si al extranjero pasamos, no quiero suponer que el señor de la Revilla desconozca los

libros y artículos de Adolfo Franck, Munk, Ernesto Renan, Rousselot, Saisset, relativos á Maimónides, Avicbron, Averroes, los místicos, Miguel Servet y otros filósofos peninsulares, hebreos, árabes ó cristianos, ni pienso que ignore la existencia de una *Historia alemana de la Psicología en España*, y no dudo que habrá leído en la antigua *Revista de Edimburgo* un estudio de James Mackintosh, á propósito de ciertos ensayos de historia de la filosofía publicados por Dugald-Stewart, y en él encarecidos elogios de Suárez, Domingo de Soto, Francisco de Victoria y otros españoles cuyos nombres no le sonaban, por lo visto, al crítico escocés tan mal como al señor de la Revilla ¹. ¿Qué más? Hasta soñar

¹ En su primer artículo sobre la Introducción de Dugald-Stewart á la *Encyclopædia Británica* (Setiembre de 1816, volumen xxvii de la *Revista de Edimburgo*), dice Mackintosh que los orígenes del derecho natural, del derecho público y del derecho internacional, deben buscarse en la filosofía escolástica, y, sobre todo, en los españoles del siglo XVI, que estaban animados de un espíritu más independiente que los antiguos escolásticos, como lo prueba el libro *De Justitia et Jure* de Domingo de Soto, donde pueden notarse los progresos que el Renacimiento había traído á las escuelas españolas. Añade Mackintosh, que Domingo de Soto fué el primer escritor que condenó la trata de negros, honrando así desde su cuna á la nueva ciencia del derecho público, cuyos principios le sirvieron para reprobar aquella abominación. Y continúa diciendo el célebre publicista que España, por haber sido en el siglo xvi la primera potencia militar y política de Europa, sosteniendo grandes ejércitos y guerras continuas, sintió también, antes que otro país alguno, la necesidad de sentar sobre bases sólidas el derecho de la guerra, como es de ver en el libro de Balasar de Ayala.

En su famosa historia de la Ética (*Progress of ethical philoso-*

con la filosofía española Montaigne, traductor y apologista de Raimundo Sabunde; Lessing, que vertió al alemán la obra de Huarte; Hamilton, que llama á Vives *filósofo tan profundo como olvidado*, y cita y aplaude doctrinas suyas sobre

phy), insiste Mackintosh en las mismas proposiciones, llamando á la España del siglo xvi «la más poderosa y magnífica de las naciones europeas», y añadiendo que nuestros teólogos cultivaron la ciencia con una penetración no menos grande que la de los doctores de la Edad Media, pero «añadiéndola una claridad y una elegancia desconocidas antes del Renacimiento». Menciona los tratados de Victoria, de Juan López, de Francisco Arias de Sepúlveda, etc., sobre cuestiones de derecho internacional. Elogia mucho á Francisco de Victoria «el primero que expuso las doctrinas de la escuela en la lengua del siglo de León X», y á él y á Soto y á Fr. Bartolomé de las Casas los declara dignos de memoria eterna, por haber condenado la esclavitud de los indígenas de América y Africa; á Soto en especial, por haber sentado el gran principio de que «el derecho de gentes es el mismo para todos los humanos, sin distinción de cristianos é infieles». (*Neque discrepantia (ut reor) est inter christianos et infideles, quoniam jus gentium cunctis gentibus aequale est.*) «Apenas acierta un hombre de nuestros tiempos (añade Mackintosh) á tributar todos los elogios que ellos merecen á esos excelentes religiosos, que defendieron los derechos de hombres que jamás habían visto, contra las preocupaciones de su orden, el supuesto interés de la Religión, la ambición de su gobierno, la avaricia y el orgullo de sus compatriotas y las opiniones dominantes en su tiempo.» A las obras de Suárez las califica de «exposición la más accesible y más clara de la filosofía teológica bajo su última forma...» Grocio, que aun siendo, como era, el más justo y cándido de los hombres, no hubiera alabado á un Jesuita español más de lo que merecía, llamó á Suárez *el más penetrante de los filósofos y teólogos*. Suárez comprendió el primero que el derecho internacional no se compone únicamente de principios abstractos de justicia aplicables á las relaciones entre los Estados, sino también de costumbres y prácticas, largo tiempo observadas en

la Lógica; Leibnitz, en cuya opinión los libros de nuestros escolásticos contenían mucho oro¹, y los doctores de la Universidad de Jena que, según cuenta Puffendorf, no obstante ser luteranos, tenían á Suárez, Molina, Vázquez, Va-

sus relaciones por la raza europea. En este punto sus opiniones son mucho más claras que las de su contemporáneo Alberico Gentili; y hay que confesar que el mismo Grocio, posterior á él, da una idea menos clara de la misma doctrina.

Como si todo esto no bastara, Mackintosh, en una nota (marcada con la letra L), después de recordar otros timbres de la ciencia española, v. gr., la *Minerva* de Francisco Sánchez, padre de la *Gramática filosófica*, exclama con acento de íntima convicción: «¡ Véase con qué ardor cultivaba España la filosofía en el siglo de Cervantes! »

Siguiendo, en parte, las huellas de Mackintosh, Wheaton, en su *Historia de los progresos del derecho de Gentes en Europa y en América* (1846), extracta con mucho cuidado las *Relecciones* quinta y sexta de Victoria, y el *De Jure Belli* de Baltasar de Ayala, no sin advertir que «las Universidades españolas produjeron en el siglo xvi una multitud de escritores notables, que cultivaron aquella parte de la ciencia de la moral que enseña las reglas de la justicia».

Hallam, todavía más explícito en su *Introduction to the Literature of Europe*, defiende á Baltasar de Ayala de los reparos de Grocio: «Grocio se engaña cuando dice que Ayala no ha tratado de las causas de la justicia ó de la injusticia de la guerra. Su segundo capítulo trata de este asunto en treinta y cuatro páginas, y aunque no haya profundizado enteramente la materia ni restringido tanto como Grocio los derechos de la guerra, merece, no obstante, elogio por haber sentado los principios generales, sin sutilezas ni subterfugios».

¹ El pasaje de Leibnitz sobre la escolástica, tantas veces citado, y pocas con exactitud, es el siguiente:

«Hay que hacer esta justicia á los escolásticos más profundos, como Suárez: hay que confesar que se encuentran en ellos discusiones muy importantes sobre lo continuo, sobre lo infinito, sobre la contingencia, la realidad de las abstracciones, el prin-

lencia y Sánchez por *escritores dignísimos de eterno renombre* (con perdón sea dicho del señor de la Revilla y de los que como él piensan y juzgan)¹. ¿Cómo olvidar tampoco que el semi-positivista Lange, en su reciente y docta *Historia del Materialismo*, tributa magníficos elogios á Luis Vives por su tratado *De anima et vita*, llamándole *el mayor reformador de la filosofía de su época, el precursor de Bacon y Descartes, una de las inteli-*

cipio de individuación, el origen y la privación de las formas, el concurso de Dios con las criaturas, y aun en Moral sobre la naturaleza de la voluntad y los principios de la justicia: en suma, hay que confesar que se encuentra oro entre estas escorias, pero sólo las personas ilustradas pueden extraerle. Y cargar á la juventud con un farrago de cosas inútiles sólo porque se encuentra algo bueno de trecho en trecho, es malbaratar la más estimable de todas las cosas, quiero decir, el tiempo.»

(*Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. iv, cap. vii.)

Ya ven los escolásticos que Leibnitz no los admiraba tanto como ellos se figuran y propalan. (Nota de esta edición.)

¹ En Italia están tenidos hoy mismo en altísimo aprecio nuestros pensadores del siglo xvi, sobre todo los escolásticos. Así lo manifiestan recientes ediciones de tratados de Suárez, de Molina y de Toledo, hechas en Nápoles, Roma y Bolonia, y así tuve el gusto de oírlo de labios de los bibliotecarios de la Vaticana, de la Laurenciana y de la Ambrosiana, que sólo elogios tenían para la ciencia española del *buen tiempo* y hasta para la del siglo pasado. Por decoro nacional no quise decirles que había españoles que menospreciaban todo esto.... No lo hubieran creído. En París ha habido editor con alientos bastantes para reimprimir en 28 gruesos volúmenes las obras de Suárez. Casi al mismo tiempo, y como en competencia, aunque con mucho mayor esmero, comenzó á publicarse otra edición en Bruselas, y el obispo de Brujas, Mons. Malou, dió á luz un tomo en folio de obras inéditas del insigne teólogo granadino. *Quid tibi videtur?* (Nota de la segunda edición.)

gencias más luminosas del siglo XVI, autor de un tratado de las pasiones, riquísimo en observaciones delicadas y en rasgos ingeniosos: hombre, en suma, que *tuvo la intuición de los verdaderos principios del estudio de la naturaleza*, cuando escribía: «los verdaderos discípulos de Aristóteles deben dejar sus libros á un lado, y estudiar la naturaleza en sí misma, como hacían los antiguos: para conocer la naturaleza, no se debe seguir una tradición ciega, ni fiarse de hipótesis sutiles, sino *estudiarla directamente por vía de experimentación*».

Todos estos autores y algunos más, célebres ú oscuros, españoles y extranjeros, buenos, medianos y malos, representantes de todas las tendencias filosóficas ó simples eruditos, antiguos y modernos, vivos y muertos, han *soñado ó sueñan*, y continuarán *soñando* los que aún viven, con la *filosofía* y con los *filósofos* españoles ¹.

Hormiguean las contradicciones y los errores en el párrafo del señor de la Revilla. Ante todo, conviene advertir que, á pesar de *ser la filosofía española un mito*, nos concede la existencia de grandes escolásticos y de místicos incomparables, esto es, las dos terceras partes (y me quedo corto) de nuestra filosofía.

Excluye á los primeros en términos expresos, «salvo los que siguieron las corrientes escolás-

¹ Otros muchísimos nombres pueden citarse, especialmente extranjeros; pero los omito, porque de casi todos se dará razón al tratar de las *Monografías críticas* acerca de nuestra ciencia.

ticas», aunque esta sola concesión bastaría para invalidar su doctrina. Pero fuera de cerrar los ojos á la luz, no veo otro medio de negar el mérito y la influencia de Suárez y del *suarismo*, ni la importancia grande de muchos *tomistas* y *escotistas* españoles.

Concede, pues, el señor de la Revilla que tuvo un gran florecimiento la ciencia escolástica en España. Y como el *escolasticismo* abraza sin duda algunos de los sistemas más completos, luminosos y prepotentes que han ejercitado al entendimiento humano (aunque no el sistema primero ni único de la filosofía cristiana, digan lo que quieran los *neo-tomistas*), síguese, por lógica consecuencia, que España, madre de los más ilustres escolásticos después de Santo Tomás, ha tenido una grey de verdaderos y profundos filósofos dentro de las vías católicas, y que aunque esto sólo hubiese producido, siempre sería ligereza indisculpable (por no darle otro nombre) llamar *mito* á la filosofía española, y que así como fuera absurdo suprimir el escolasticismo en la historia de la filosofía, absurdo sería, y mayor, omitir en el capítulo á tal materia dedicado los nombres y obras de los doctores escolásticos peninsulares, por más que el señor de la Revilla afirme (con inquebrantable patriotismo) que *en la historia de la filosofía puede suprimirse sin gran menoscabo la parte relativa á España*.

Pero aún es más peregrino lo que dice de los místicos. Para el señor de la Revilla, el *misticismo*

no es filosofía, puesto que pone en parangón y contraste la riqueza del uno con la pobreza de la otra entre nosotros. Y, sin embargo, todos los católicos y muchos racionalistas están de acuerdo en considerar el *misticismo*, no sólo como filosofía, sino como la más alta y sublime de las filosofías existentes. Si el señor de la Revilla me dice que el *misticismo* es más que filosofía, que el *misticismo* empieza donde la filosofía concluye, y que sólo él resuelve hasta cierto punto las perpetuas dudas de la primera, porque la intuición del alma iluminada y abrasada por el amor divino es siempre más poderosa que el mezquino análisis psicológico y las eternas logomaquias de los sofistas, estaré de acuerdo con él; pero entonces la cuestión será de palabras, y á mí me será lícito decir: «España, además de sus escolásticos y de sus pensadores independientes, precursores de Bacon y Descartes, tuvo una casta de hombres, hoy perdida, que no fueron filósofos, sino *mucho más que filósofos*, pues por intuición soberana y nunca igualada supieron y entendieron lo que nunca han sabido ni entendido los *filósofos*; dijeron clara y hermosamente lo que los *filósofos* han envuelto en laberínticos juegos de palabras, y vieron á toda luz lo que los *filósofos* nunca han visto sino á medias y envuelto en mil nebulosidades».

Tenemos, pues, que el señor de la Revilla admite la *existencia* y el mérito de nuestros místicos y escolásticos. Del resto de nuestros filósofos dice que son un mito, porque (según él piensa)

no formaron escuela ni ejercieron legítima influencia. ¡Peregrina regla para juzgar el mérito de los filósofos! Figúrese el señor de la Revilla que hasta ahora hubiesen estado inéditas y desconocidas ó no estudiadas por nadie, aunque impresas, las obras de Platón, y que hoy las publicase ó reimprimiese, ilustrase y comentase algún erudito, apreciándolas en su altísimo valor. Si el señor de la Revilla es consecuente con su doctrina, tendría que decir: *Platón es un mito; no ha formado escuela ni ejercido influencia en el mundo.* Ó bien: imagine el señor de la Revilla que él mismo da mañana á la estampa un libro portentoso de alta filosofía, que, por uno de aquellos azares bibliográficos tan comunes, *habent sua fata libelli*, nadie compra, ni lee, ni estudia, hasta que al cabo de los años mil sale un doctor alemán proclamando su excelencia: ¿querrá que, aplicándole entonces sus principios, diga alguno: *no leáis el libro del señor de la Revilla; Revilla es un mito, no ha formado escuela ni ejercido influencia en el mundo?* Es método muy aventurado á errores estimar el mérito de los libros por el ruido que han hecho ó por el número de los secuaces de las doctrinas de sus autores. No se ha dicho en el mundo absurdo ni desatino que no haya tenido secuaces: ahí está, sin ir más lejos, el *mormonismo*, para comprobarlo. Para el señor de la Revilla, la religión de los *mormones* será un sistema prodigioso, porque á la voz de Smith se congregó muy pronto numeroso enjambre de aventureros y de ilusos. No hay idea que no

tenga partidarios, en religión, en filosofía, en *sociología* (como hoy se dice bárbaramente); y cuanto más grosera sea la doctrina, más elementos de anarquía envuelva y más halague los apetitos humanos, tanto más seguro será su efecto.

Niego, además, que los españoles que filosofaron fuera del escolasticismo y de la mística no formasen escuela ni ejerciesen influencia. Luis Vives es el patriarca de una serie de pensadores críticos: sus discípulos se llaman Dolése, Gélida, Melchor Cano, Fox Morcillo, Gómez Pereira (con ciertas vislumbres de *empirismo* en ocasiones), Isaac Cardoso, Pedro de Valencia y Caramuel, y en el siglo XVIII el deán Martí, Tosca, Feijóo, Mayans, Viegas, Piquer y su ilustre sobrino Forner, que hace profesión de *vivismo* clara y descubiertamente en repetidos lugares de sus obras impresas y manuscritas. Esta doctrina crítica, cuya restauración no sería un sueño ni mucho menos, constituye, con el *lulismo* y el *suarismo*, la gran triada de los sistemas peninsulares ortodoxos. En cuanto á los *peripatéticos clásicos*, los *ramistas*, los partidarios del *empirismo sensualista*, y los *moralistas*, ya estoicos, ya epicúreos, nadie negará que constituyen grupos perfectamente definidos, si bien casi todos ellos pueden considerarse como derivaciones más ó menos próximas de la corriente *vivista*. En cuanto á si ejercieron ó no influencia en el mundo, baste repetir lo que hasta ahora no se ha convencido de falsedad, que Vives y el *vivismo* son

los precedentes históricos de Bacon y el *baconismo* y de Descartes y el *cartesianismo*; que el libro *De augmentis scientiarum* del famoso canciller inglés en nada supera (si es que iguala) á los *De disciplinis*; que Fox Morcillo intentó, al decir del sabio francés Boivin, la más docta conciliación entre Platón y Aristóteles, y que desde su época hasta la nuestra se viene trabajando en el mismo sentido, sin haber mejorado gran cosa lo que él dejó escrito.

A algunos ha de extrañar la tenacidad sin ejemplo con que los sectarios de ciertas escuelas niegan el mérito de nuestros filósofos, sin haberlos leído ni querer leerlos. Muy sencilla me parece la explicación de esta terquedad y de esta *ignorancia* (llamemos las cosas por su nombre) en que voluntariamente se mantienen. Si llegasen á confesar que España había dado grandes filósofos en esa época de Inquisición y fanatismo, ¿qué peso tendrían sus declamaciones contra la intolerancia? De suerte que, por mantener una vulgaridad y un absurdo, tolerables sólo en gacetillas de periódico, consienten en cerrar los ojos, tapiar los oídos y mantenerse apartados de toda investigación erudita. El señor de la Revilla desprecia la erudición, sea en hora buena; dice que expone á grandes extravíos: á mayores expone la falta de ella. Yo estoy firmemente persuadido de que la erudición conduce siempre á algún resultado provechoso; el charlatanismo y las discusiones *de omni re scibili* á ninguno. De sofistas y oradores de Ateneo

estamos hartos en España. La generación presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos.

Nuestros flamantes filósofos desprecian á los antiguos sabios españoles porque fueron católicos y escribieron bajo un régimen de unidad religiosa y monárquica. Muchas veces me he sentido tentado á tomar alguna de sus obras, traducirla en la jerga bárbara de la *Analítica* y ofrecérsela á esos señores (gente poco escrupulosa en materias bibliográficas) como traducción de un libro alemán desconocido. De seguro que les hacía buen efecto y que la ponían en los cuernos de la luna.

La prueba de que sólo por ser católica desprecian nuestra ciencia, nos la da el señor de la Revilla cuando, al refutar á su modo al Sr. Valera, dice pocas líneas más adelante: «En esa Inglaterra... nacieron las más avanzadas sectas del protestantismo y propagaron Bacon, Hobbes y Locke los más radicales principios de la filosofía; en esa Francia... minó Ramus los fundamentos de la escolástica¹, abrió Gassendi el camino al materialismo, zahirió Rabelais los más altos ideales, proclamaron escépticas doctrinas Montaigne y Charron, y fundó Descartes el racionalismo moderno; y esa Alemania... fué la cuna de la filosofía novísima que ha conmovido los cimientos de toda creencia». Bien por el señor

¹ Después que Luis Vives, y mucho peor que él.

de la Revilla. ¿Conque para él significan más en la historia de la filosofía el pedante Ramus, cuyas innovaciones fueron únicamente de palabras, y el bufonesco Rabelais, que ni fué filósofo ni hizo cosa de provecho jamás, y el sensualista Locke, y Hobbes, apologista de la fuerza bruta y de toda tiranía; conque estos escritores, digo, representan más que Lulio, Fox, Vives, Suárez y toda nuestra filosofía junta? ¿Conque hasta el *Pantagruel*¹, libro estrafalario si los hay, excede á todas las concepciones de nuestros filósofos? ¡Imposible parece que la pasión ciegue tanto á hombres de claro entendimiento! Si Montaigne y Charron fueron escépticos, escéptico fué Francisco Sánchez, y más radical que ninguno de ellos. Si Francia engendró el materialismo, guárdese esa triste gloria, que aquí no la necesitamos. Si el señor de la Revilla juzga que la filosofía alemana ha conmovido los fundamentos de las creencias, yo creo y creeré siempre que éstas permanecen firmes y enteras; y después de todo,

¹ Claro es que hoy pienso de una manera algo distinta acerca del valer literario de Rabelais, el cual, vencida la primera dificultad de leerle, y pasando por alto (no es poco pasar) todas sus extravagancias, groserías, barroquismos de dicción y de pensamiento, todos sus pecados contra el aticismo, la urbanidad y el buen gusto, resulta una personalidad literaria original y curiosa. Pero nunca me avendré á que se le cuente en serio entre los pensadores, por más que siendo como era hombre erudito y humanista, participase del general ambiente de reforma que en el siglo xvi se respiraba, y coincidiese en algo, v. gr., en sus teorías pedagógicas, con el sentir y con las aspiraciones de los verdaderos filósofos de entonces.

(Nota de esta edición.)

España dió á Miguel Servet , que ni en audacia ni en talento cede á ninguno de los pretensos demoleedores de allende el Rhin.

Del resto de la lucubración del señor de la Revilla nada diré, porque se alarga ya en demasía esta carta, y los restantes párrafos de su artículo no nos interesan de un modo directo. Con decir que constituyen una *sinfonía patriótica sobre motivos inquisitoriales*, quedarán calificados como merecen. No falta ninguna de las campanudas expresiones de rúbrica, «intolerancia sistemáticamente organizada», «bárbara fiereza», «crueldad fría y sistemática», «muerte del pensamiento», «poder teocrático implacable y tenaz», «uniformidad de la muerte», «calma de las tumbas», «sangría lenta, jamás interrumpida», «opresión constante», «siglo de hierro», «tiranías de todo género» y otras *ejusdem furfuris*, dignas de *La Inquisición sin máscara* del recalcitrante novicio cartujo doctor Puigblanch, ó de la *Histoire Critique* del canónigo volteriano Llorente, escritor venal y corrompido, cuya buena fe y exactitud niego, aunque no dispute su erudición.

Respecto á la literatura, juzga el señor de la Revilla, discorde en esto del Sr. Núñez de Arce, que no fué oprimida por el Santo Oficio, lo cual, dice, *da singular prueba del talento y habilidad de los Inquisidores, porque la actividad intelectual del hombre necesita desabogo, y toda máquina que la comprima ha de tener válvulas para darla salida. ¡Benditos Inquisidores aquellos que abrian semejantes válvulas!*

Dos palabras para acabar. Yo no niego que una de las mil causas ocasionales de la declinación parcial de la ciencia española en el siglo xvii fuese la intolerancia; pero no la de la Inquisición tan solo, sino más bien la de las escuelas y sistemas prepotentes, harto más dañosa, como V. apuntó ya en uno de sus *Ensayos críticos*. Y esto ha sucedido y sucederá en todos tiempos: las sectas filosóficas dominantes, lo propio que los partidos políticos, tienden á la intolerancia y al exclusivismo, cohibiendo de mil maneras la iniciativa individual. Sin ir más lejos, ahí están los krausistas, de cuya tolerancia pueden decir muy buenas cosas los que alguna vez han asistido á sus aulas.

El señor de la Revilla no es ya *krausista*, no es siquiera *hegeliano*, por más que tal se le creyera en algún tiempo; ha renegado de esas sectas por *reaccionarias y atrasadas*; hoy no gusta de *espiritualismos é idealismos*, según nos informa en el mismo artículo á que contesto; hoy tiende con toda claridad al *materialismo positivista* en crudo, y rompe lanzas en pro de la teoría darwiniana. Pero en medio de todas estas transformaciones ha conservado el señor de la Revilla la *intolerancia de la impiedad*, como otros la de la creencia; habla siempre con desdén del catolicismo y de los católicos, y afecta mirarnos con cierta compasión, cual si se tratase de razas ó castas inferiores. Yo, por mi parte, ni acepto la compasión ni tolero el desprecio. El verdaderamente digno de lástima es quien camina á cie-

gas, sin fe, sin amor ni esperanza en las cosas de este mundo ni en las del otro.

Antes de terminar, diré á V. que me parece muy dudosa la propiedad de expresión con que el señor de la Revilla incluye á Pericles entre los *déspotas* protectores de las letras. El llamar *déspota* á un hombre que gobernó bien y legalmente en una república, pasaría por grave *lapsus*, aun en sujeto de menos campanillas que el crítico de la *Revista Contemporánea*.

SANTANDER 2 de Junio de 1876.



IV.

MONOGRAFÍAS EXPOSITIVO-CRÍTICAS.

Mi carísimo amigo y paisano: Una vez terminado el incidente que vino á torcer el hilo de nuestra correspondencia literaria, hora es de continuar las indicaciones *de re bibliographica*, extendiéndolas hoy á las *monografías expositivo-críticas*, segundo medio de fomentar el cultivo de la ciencia española, y medio aún más útil y seguro que el de los diccionarios bio-bibliográficos. Pero ante todo debo reparar tres omisiones que noté en mi segunda carta al releerla.

Pasé en silencio los *elogios en verso* de escritores españoles, no muy recomendables en clase de poesía, ni propiamente trabajos eruditos, pero de utilidad suma, dado el gran número de ingenios que sin estas letanías hubieran quedado